

MADRE MARÍA ISABEL DEL AMOR MISERICORDIOSO

Carmelita Descalza

30

Amaos
y
sed Uno



Feliz
Navidad



SUMARIO



Conocer a
Cristo 3-



Un solo
corazón
5-

ANECDOTAS
7-



Con amor
de Madre 8-



Feliz punto de partida
11-



14-



Pasó haciendo
el bien 15-

Gracias donativos 15-

Oración 16-

Edita: Monasterio del Espíritu Santo. MM. Carmelitas Descalzas
Algorós-Elche (Alicante) Año MMXXII



Conocer a Cristo

En decir de la Sierva de Dios, Madre María Isabel del Amor Misericordioso, éstas son sus palabras: “Ya que ha tenido la suerte inmensa de encontrar a CRISTO en su camino, forzosamente tiene que aspirar a lo más”.

Sin duda que, en el pensamiento de la Madre, al emplear la palabra “suerte”, estaba muy lejos de identificarla con “casualidad”, “coincidencia”, “azar”. Más bien se trata de que el encuentro con Cristo es siempre un DON, una Providencia del Dios bueno que nos busca, quiere nuestro bien y vela por nuestro encuentro, cada vez más íntimo, con el Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús.



Con lo cual, podemos decir, que este encuentro se da en nuestro camino porque el mismo Señor nos ha ido llevando al suyo y se nos ha revelado como CAMINO.

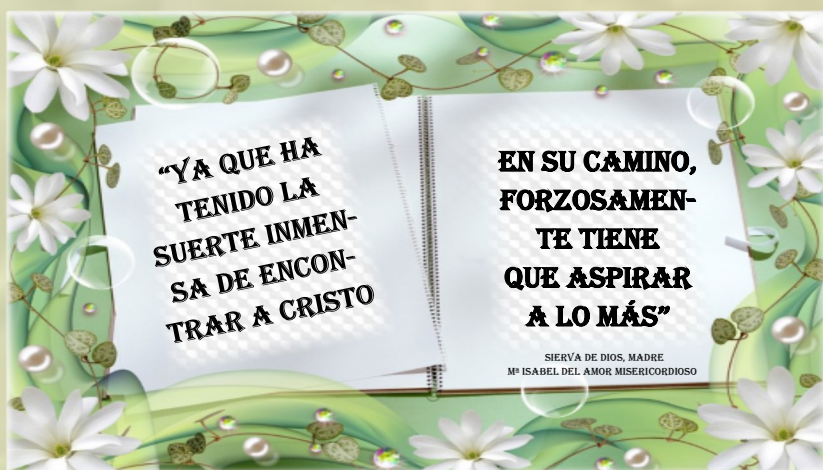
Cuando Cristo “asoma” en nuestras vidas y se hace presente de forma vital, se hace realidad que lo hemos “conocido”. Y desde ese mismo instante todo cambia, debe cambiar, es necesario que cambie en nuestro día a día: “trato de amistad con Dios” y la consiguiente relación fraterna, en caridad, con los demás miembros de la Iglesia y del mundo.

En este sentido, el conocer a Cristo, en ese encuentro vital, nos va disponiendo a “aspirar a lo más”. La mediocridad no tiene lugar en nuestras vidas; la propia referencia, pierde sentido, a no ser que se integre, afectiva y efectivamente, en el querer de Dios.

“La perfección es obra de toda la vida, y mientras vivimos hemos de aspirar siempre a lo más”, *recalca la Sierva de Dios. Y sigue diciendo:* “Si la humanidad conociera a Cristo, el mundo se convertiría, por el mismo hecho, en un cielo”. “Vivir una fraternidad íntima, cristiana, ese ser uno y amaos como a vosotros mismos que es nuestra religión del Dios todo amor... Eso quiero vivir”.

Sí, es lógica de nuestra religión querer vivir bajo esta bandera: «Es preciso, nos urge dar el todo por el Todo: es la consecuencia más lógica». Llamamiento digno del cristiano, que eleva sus ojos a lo alto para vivir su vocación a lo más, y no a lo menos.

La Sierva de Dios, Madre M^a Isabel del Amor Misericordioso nos emplaza, pues, a buscar la gloria de Dios y vivir la caridad con todos, yendo, de bien en mejor, mientras somos peregrinos en esta vida y nos preparamos para gozar de aquella otra vida que no tiene fin.





Un solo corazón

La apertura de Madre M^a Isabel del Amor Misericordioso a la voluntad de Dios, expresada aquel 9 de abril de 1964 en el momento en que la Comunidad de Olla de Altea la eligió como su Madre Priora, se fue concretizando en actos de caridad, tanto hacia las hermanas como a sus familias. Todas las dificultades y problemas los quería remediar, en cuanto estaba en su mano. Sabía hacerse toda a todos. Y, si por medio de la oración y del sacrificio, su amor llegaba hasta el último confín de la tierra, también los más cercanos veían llegar este amor, a través de mil detalles, en los que, de forma efectiva, entregaba su gran corazón.

Mientras, la vida conventual se desliza igual. La observancia de la regla, vivida en el amor que cuida cada detalle del momento presente. La Madre se da sin medir ni contar por el bien de todas sus hijas, y ve con gozo cómo es correspondida por aquellos corazones que el Señor ha puesto en sus manos. Recibe con humildad y gratitud el amor la colaboración de las Hermanas que, en el Palomarcico de Altea, trabajan a una por la gloria de Dios.

Llega la fecha de festejar el onomástico de la Madre, 5 de noviembre, Sta. Isabel de Zacarías. Las Hermanas se desbordan en mostrarle su amor: *“Un derroche de arte y amor muy sincero de estas hijas mías, que son ángeles en carne humana”*, en palabras de la Sierva de Dios. Son ocasiones en las que la aparente igualdad de los días se ve como salpicada por la luz y el colorido de una fiesta doméstica, vivida dentro del espíritu de religión, propio del Carmelo. También estos detalles ayudan a vivir el clima de familia que Santa Teresa de Jesús imprimió en sus conventos.

Cantos, veladas, regalos que las Hermanas han preparado desde tiempo atrás. La alegría de las jóvenes y la experiencia de las mayores se fusionan en armónica diversidad. La Madre está feliz al ver gozosas a sus hijas. Todo lo recibe como entregado al Señor en ella. No se hace en ningún momento protagonista, aunque se trate de su onomástico, ni se da importancia. Acoge todo con naturalidad y sencillez, con desprendimiento, maravillándose de cuanto sus hijas le muestran.

La Sierva de Dios vivía feliz en aquel Carmelo de Olla de Altea, donde se podía decir de la unión de todas las hermanas que eran un solo corazón y una sola alma. El deseo de la Madre era infundir en sus hijas la fidelidad al carisma carmelitano-teresiano, desde las raíces del Evangelio.

La Sierva de Dios vivió su adhesión a la obra redentora de Cristo de muchas maneras. En su propia familia no faltaron las espinas del sufrimiento, por falta de salud o muerte de sus miembros, así como por graves problemas económicos, hasta llegar a una ruina casi total.

A la enfermedad de su cuñado Ciriaco, esposo de su hermana Pepita, se suma la de ésta misma. Milagrito, su otra hermana que convive con ellos, se ve desbordada por la falta de salud de ambos, ya que ella tampoco anda demasiado sobrada de fuerzas. Madre María Isabel procura mantener con ellos una correspondencia proporcionada al momento, para animarlos a llevar esa pesada cruz, mirando siempre a Aquel que se la ofrecía con amor para su santificación. En una de estas cartas les dice: *“El saber que estáis tan delicados es una cuchillada profunda para mi corazón. ¡Bendito sea el Señor, que, en el destierro, no deja que nos olvidemos de Él...!”*

Mientras que lo encomienda todo en la oración, ofrece a sus hermanos la ayuda material en lo que puede, cuando por ejemplo les brinda la ocasión de que la demandadera del convento pase unos días en Ibi, ayudando a Milagrito en el cuidado de sus hermanos enfermos.

Al fin, en estos años, muere su hermano Juan, su cuñado Ciriaco y su hermana Pepita. El ánimo de la Madre se mantiene firme. Sí, firme en su fe y en su esperanza, aunque estos arrancones no los deja de sentir su sensible y materno corazón.

ANÉCDOTAS

Cuando la Madre M^a Isabel tenía algo menos de tres años, se perdió. La mamá buscó por toda la casa, preguntó a la servidumbre, pero nadie había visto a la niña desde hacía largo rato. Registraron el jardín, buscaron por los alrededores de la casa, y la niña no aparecía. Hasta se temía la hubiesen robado —¡tan linda!— unos húngaros que habían acampado en las afueras. La Guardia Civil y todo el servicio de la casa salió en su búsqueda, sin hallar rastro de la niña. La situación era angustiosa. Por enésima vez abrieron un armario ropero, y, ¡oh sorpresa!, por debajo de la ropa asomaba un piececito. ¿Qué había ocurrido? Pues que la costurera le había probado a Isabelita un precioso vestidito rosa, que a la niña le encantó. Se vio muy bonita con él. Y hasta derramó lágrimas porque se lo habían quitado y lo habían colgado en el ropero. Luego, en el momento oportuno, la niña había conseguido abrir la puerta no bien cerrada, y, abrazándose al vestidito, lo descolgó, y se quedó dormida oculta entre sus pliegues, y ajena al drama que ella misma había provocado.



La reacción de mamá Isabel al encontrar a su niña, fue colmarla de besos y abrazos y, después de dar gracias a Dios, la ofreció ante un cuadro de la Virgen del Carmen, diciéndole con toda su alma: “Madre mía, para ti”. Y a fe que nuestra Madre Santísima aceptó el ofrecimiento.

Al contarnos esta anécdota, nuestra Madre M^a Isabel añadía con gracia que, “el vestidito rosa había despertado en ella su primer sentimiento de vanidad.”



CON AMOR DE MADRE

Continuación

Somos hijos del amor, nacimos del pensamiento del amor Divino. Y el amor, el amor eterno, que llamamos ‘cielo’, nos espera como última morada.

La santa Madre, Teresa de Jesús, gustaba decir a nosotras, sus hijas: “Caminamos para el cielo, hijas del Carmelo”. ¡Caminamos para el cielo! Y por eso nosotros, aunque nuestro valle sea de lágrimas y tengamos muchas penas, somos los más felices del mundo. Sabemos de dónde salimos y a dónde vamos.

¡Qué grande es el Señor, qué grande es el Señor, hermano mío!...

Me he decidido a hablarte, pero, noto que tengo la voz muy ronca, y quizás te sea desagradable oír esta voz mía. Pero, no te pares en ella. Parémonos los dos en el deseo de comunicar de nuestras cosas y alegrarnos juntos, como decía Pablo. El gran maestro, san Pablo, del cual soy yo devotísima. Nos enseña mucho. Pero, lo que más me gusta de san Pablo, con gustarme mucho todo, es aquello de que, después de manifestarnos sus revelaciones, tan altas, que había subido al tercer cielo, que el ojo podía ver, ni la lengua hablar, de tan grande que es aquello... Después de esto, nos dice, para mí una gran revelación: ‘No me glorío de esto, sino de mis miserias, porque en ellas resplandece la virtud de Cristo’.



Nosotros somos miserables, somos pecadores, somos pobres. ¿Nos hemos de arrumbar por eso? ¡De ninguna manera! En nuestra pequeñez, brilla la bondad de Cristo; en nuestras faltas, su gran misericordia. Como dicen algunos autores, y me encanta la expresión: “La misericordia del Padre fue el Hijo”. Y por muchas faltas que tengamos, es muchísimo mayor la misericordia, el rescate del Hijo. Sólo Él, que conocía a su Padre como nadie, pudo ponernos la parábola del hijo pródigo. ¡Qué grande fue! El hijo



volvió a su padre, cuando empezó a sentir la necesidad del alimento, cuando sintió falta. Mientras tanto, ni se acordaba de él. En cambio el padre, salía todos los días al altillo de la montaña, para ver si divisaba la vuelta de su hijo, pues no dudaba él que su hijo volvería. A pesar de que su hijo había sido tan rebelde, él esperaba que su hijo tuviera una buena hora y volviera al padre. Lo esperaba. Y el hijo cuando [se] sintió [forzado] por la necesidad, dijo: ‘En mi casa los trabajadores comen ¿y yo aquí me muero de hambre?’ Y, como conocía las entrañas del padre bueno, no dudó en volver a él. Iba contrito, iba humillado, iba a decirle: “Padre mío, no merezco ser llamado hijo tuyo, porque he pecado”. Pero el padre, antes de que el hijo hablara, ya lo había perdonado. Y no escuchó su protesta de arrepentimiento. Sino que dijo: Pronto, ponédle el traje nuevo, ponédle el anillo, es decir, mi perdón, mi gracia. Y gocemos y hagamos un banquete porque nuestro hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida. Más o menos, nuestra historia tiene nuestros oscuros y nuestros claros. Pero, sobre nosotros pesa un amor divino inmenso, inmenso, inmenso.

Nuestro Padre Dios está pronto a ponernos la vestidura blanca, que es la gracia de su Hijo, calzarnos las sandalias y ponernos el anillo, porque nos recibe en sus Bodas eternas. Y nuestra Madrina de estas Bodas es la Virgen María. Después de Dios, no hay criatura más excelsa. Y Dios, que nos dio a su Hijo, nos dio también a María. María que goza, porque así quiso adornarla la Trinidad augusta, del Poder del Padre, de la Sabiduría del Hijo y del Amor del Espíritu Santo. Así rezamos en las Tres Avemárias famosas, que supongo que tú no dejarás de rezar todos los días, porque lo aprendimos de nuestros papás. Un recuerdo bendito, que siempre que de ello nos acordamos, nos hemos de acordar de Dios, porque de otra cosa no nos hablaban.

Tú te acuerdas, hijo mío, cuando muy chiquitines, y por fin te quedaste en casa, te dejó la mare Malena en casa, nos sentábamos, cuando no había visita ninguna, salíamos al comedor y nos sentábamos junto al papá, el poquito tiempo que lo tuvimos: tú en su brazo; delante, en una sillita metidito, Juan, y yo, al ladito, en otra sillita, apoyando el codito sobre su pierna, escuchándolo. Y, cómo nos hablaba del Niño Jesús, de su venida al mundo, de la Virgen María, cuando iban a Belén, de Herodes; de la Pasión, que ahí, casi llorábamos. Cómo nos contaba la historia de José, cómo nos iba contando todo, seguro que no cabía más Sagrada Escritura. Cómo nos



hacía cantar ingenuamente, cuando íbamos a la casita nueva a Ibi en aquella tartana grande: “Oh María, Madre mía, o consuelo del mortal”. Y cómo gozaba él cuando con nuestras voces de chiquitos, cantábamos: “Amparadnos y guiadnos a la Patria celestial”.

Nuestro papá murió, pero dejó un grano de trigo muy puro, muy puro en nuestros corazones. Y así, a pesar de la envidia del diablo y los malos tiempos, del todo ese granito ha germinado en nosotros, se ha convertido en espiga, se ha convertido en un alma que desea amar mucho a Dios, que ha de vivir a través de los golpes de la vida, pero que tenemos nuestro pensamiento allá.



D. Adolfo Zapata de Calatayud,
Barón de Agres y de Sella

Continuará

Feliz punto de partida

GLORIA AL PADRE, GLORIA AL HIJO,
GLORIA AL ESPÍRITU SANTO.
Y A TI, MARÍA

Me pides, mi querida Encarna, un horario de vida, y voy a darte una vida sin horario. Las exigencias del amor Divino y una fidelidad constante a él no pueden aprisionarse en unas cuadrículas. Es algo muy superior. Encarna, es preciso ser santos, NOS URGE LA CARIDAD DE CRISTO.

Ya sé que el enemigo, el padre de la mentira, te hace creer que eso no es para ti. Pero, tú tienes la antorcha de la fe, y sabes que la palabra de Dios no puede fallar. Es Él quien nos manda: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. Ya ves cómo hay que afinar la puntería para conseguir cosa tan alta como indispensable.



Nos habla el gran Apóstol san Pablo, diciéndonos: “Ahora comáis, ahora bebáis, hacedlo todo en nombre del Señor”. No es lo que se hace, mi querida, mi muy querida Encarna, sino cómo se hace. Corroborando esta idea, me gusta oír a Sta. Teresa, cuando nos dice: “Entre los pucheros anda el Señor”.

La vida de la Sagrada Familia en Nazaret, fue muy sencilla y, hasta podríamos decir, ordinaria. No obstante, jamás ha subido al Cie-

lo oración más sublime. Ésta sí que se convirtió en lluvia bienhechora para la humanidad.

Tu salud precaria, y que es preciso cuidar, no puede permitirte esfuerzos, que, tal vez, te perjudicarán, pero, una elevación constante por elevar al Altísimo todo tu ser, a más de ser lo que verdaderamente te santifica, no puede perjudicarte.

Hay que aprender (¡y esto sí que es ciencia!) a aprovecharnos de todo, como dichosos peldaños que nos elevan a la cumbre. Frío, calor, enfermedad, incomprensión, desolaciones, batalla furiosa del enemigo, cambios de nuestro propio carácter (hemos de aprender a soportarnos

a nosotros mismos, para soportar a los demás), del carácter ajeno. ¡Oh, qué grandes cosechas podríamos hacer de todo ello...

Ahí, queridísima mía, está la verdadera santidad, la que Dios busca y acuña, no en cosas que nos deslumbran, muchas veces engañosas, y que se ofrecen raras veces en la vida.

Pídele, pidámosle las dos al buen Dios, que nos enseñe a leer en las circunstancias de cada momento. Él nos está vigilando desde el Cielo y busca lo mejor y provechoso para nosotras. Nos ama “como a las niñas de sus ojos”.

Después de esto, de aceptar plenamente estas consoladoras palabras, dime si sabes encontrar algún resquicio en donde aparezca la desconfianza. No consientas que, so color de humilde, te engañe el enemigo. Si eres tan indigna como yo, conforme. No son los justos, sino los pecadores a los que vino Jesús a salvar [...].



Ya sé que la tormenta con frecuencia nos azota, y no podemos escapar de ella; sirvámonos de esto como buena penitencia. Pero, las bridas de una voluntad decidida, que es lo que vale, estén siempre sujetas de las manos de nuestra decidida voluntad. Esto te digo como descansando en ti mis sentimientos íntimos.

Ya lo sabes, mi querida Encarna. A SER SANTAS. Es decir, a secundar con Dios los planes de amor que sobre nosotras tiene.

ADELANTE... ADELANTE... ADELANTE...

“Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío”. “Jesús manso y humilde de Corazón, haced nuestro corazón semejante al vuestro”.

“Oh, María, sin pecado concebida, ruega por nosotros, que recurrimos a ti”.

Bajo la sombra de sus alas, en esta dulce umbría, quedamos muy unidas, en estrecho abrazo de hermanas y de madre, quien en los Tres y María te ama sinceramente.

M^a Isabel del A. M^o.

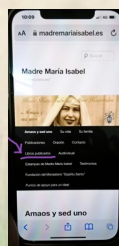
O.C.D.



¿Ya has leído la biografía de la Madre
M^a Isabel ? ¿Conoces el libro de pensa-
mientos “Desde el centro del Amor” ?

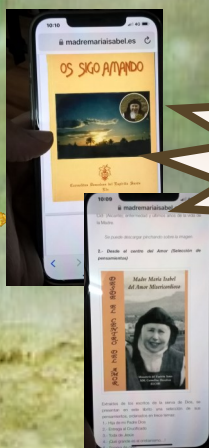
Ya lo tienes disponible en la Página Web
www.madremariaisabel.es

Te lo puedes descargar gratuitamente
de forma muy sencilla. Pincha en el
apartado de “Publicaciones” (ver fo-
to), vuelve a pinchar sobre la portada
del libro que



**¡ Y disfruta
con su lectura !**

**DESCARGA
GRATUITA**



*“La Iglesia
necesita
ser inundada de
santidad”*

Madre M^a Isabel
del Amor Misericordioso





PASÓ HACIENDO EL BIEN

¡**G**racias, madre María Isabel del Amor Misericordioso!

Llevo muchos años siguiéndote, confiando en ti. Me has ayudado mucho durante toda mi vida, te tengo muy presente. ¡Gracias por todo! Confío en ti plenamente. ¡¡Gracias!!

(Persona anónima)

AGRADECEMOS DONATIVOS

M^a Josefa Hernández Boronat, Indro Industrias San Isidro, S.L. (dos aportaciones), Ana M^a Mintegui (aportación mensual), Cecilia Vázquez (dos aportaciones), Magdalena García-Bueno (cuatro aportaciones), Juan José Lucas, José Antonio Amores (varias aportaciones), Plácida Orenes, M^a Victoria Pinacho, Anónimo, Anónimo, Anónimo, Anónimo.





ORACIÓN

(para uso privado)

¡Oh, Dios! Padre bueno y providente, que infundiste en tu sierva, M^a Isabel del Amor Misericordioso, Carmelita Descalza, el don de amar a todos los hombres con tu mismo amor; y, desde su vida escondida, la hiciste testigo gozoso de tu paternidad. A ti, que encendiste en su corazón el fuego vivo de la caridad y, en tu Providencia, la llamaste a fundar un Carmelo Tereciano, desde donde testimoniar el mandamiento nuevo de Jesús, te pedimos sea reconocida por la Iglesia y ante el mundo su santidad y alcanzar, por su intercesión, la gracia que esperamos de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

✚ PARA COMUNICAR GRACIAS, Y ENTREGA DE DONATIVOS:

MM. Carmelitas Descalzas
Monasterio del Espíritu Santo
Ctra. del León, Km. 5
03293 Elche (Alicante) España
☎ 96 667 87 71

✚ CUENTA DONATIVOS (IBAN)

ES 86 0081 1199 7100 0102 6607

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

E-mail: monasterioalgoros@gmail.com

www.madremariaisabel.es